

ANTECEDENTES DEL UTILITARISMO EN LOS MORALISTAS BRITÁNICOS ANTERIORES A HUME

MARGARITA COSTA
Universidad de Buenos Aires

ABSTRACT

This paper deals with certain ideas found in the so-called British moralists of the 17th c. and the first half of the 18 th., which anticipate strikingly some of the moral tenets of later utilitarian philosophers. Special emphasis is placed on one aspect of these doctrines: the idea of the possibility of a rational calculus concerning moral right and wrong.

The chief aim is to show that the «principle of utility» was developed in a new atmosphere in which morality depended exclusively upon reason and/or feeling though continuing to incorporate a strong appeal to religion.

Como es sabido, las ideas o doctrinas no surgen de pronto ni espontáneamente, sino que germinan en forma más o menos lenta en un suelo propicio para su desarrollo, hasta ser formuladas explícitamente y recibir el nombre con el que se las divulga. En otras palabras, toda *idea nueva* tiene antecedentes relevantes y ello se aplica también a las teorías morales y políticas. Por eso es nuestro propósito en este breve trabajo rastrear ciertas ideas que se encuentran en los textos de varios moralistas británicos anteriores a Hume, a fin de mostrar cómo se fue gestando el utilitarismo durante el siglo XVII y las primeras décadas del XVIII.

Si consideramos al utilitarismo no meramente como la teoría que sostiene, de manera general, que las acciones deben juzgarse por sus consecuencias, sino, más específicamente, como aqué-

lla expuesta por Helvétius y Jeremy Bentham y sus continuadores, de que el único criterio para determinar la bondad o rectitud de una acción es su tendencia a producir el mayor bienestar del mayor número¹, es posible señalar como antecedente de ella la aplicación del cálculo matemático a las cuestiones morales que aparecen en algunos de los llamados moralistas británicos de los siglos XVII y XVIII, especialmente en los de tendencia racionalista.

La idea de un cálculo matemático aplicable a las cuestiones morales es por cierto anterior a Bentham². Ricardo Cumberland, Obispo de Petersbrough (1631-1718), reputado por algunos como el primer utilitarista, considera evidente que la felicidad de cada persona no puede separarse de la de todas ya que «el todo no es diferente de las partes tomadas en conjunto» (B.M., 108)³.

Por no referirse a casos individuales sino a la totalidad de los hombres, considera este enunciado como una ley fundada en la razón. Más aún, le parece más fácil comprender el principio general que lo que conviene a cada uno en los casos particulares, dado que éstos son infinitos. Pero también podemos llevar a cabo una especie de «inducción», ya que lo que hace felices a los demás no puede sernos desconocido, por el hecho de que la naturaleza humana, así como la razón, son iguales y uniformes en todo tiempo y lugar.

Por otra parte, el hombre se verá auxiliado por su natural benevolencia en la tarea de lograr la felicidad de todos. Según Cumberland, «el impulso natural y la razón conspiran juntos» (B.M., 115) para la obtención de la mayor felicidad de cada uno. Finalmente, el hombre será asistido también por Dios en la elaboración de «ciertos preceptos generales para decidir qué clase de acciones humanas pueden promover mejor el bien común de todos los seres, especialmente de los seres racionales» (B.M., 106).

Otro racionalista, Samuel Clarke (1675-1729), afirma que los acuerdos y desacuerdos entre las circunstancias y las personas y

¹ Cf. *Dictionary of the History of Ideas*, N. York, Charles Scribner's Sons, Tomo IV, artículo 'Utilitarianism', p. 444.

² La idea de que razonar es calcular se encuentra ya en Thomas Hobbes, quien considera que el cálculo racional se aplica, no sólo en matemática y en lógica, sino también en filosofía natural y moral.

³ Todas las referencias entre paréntesis en el texto corresponden a la paginación marginal de *British Moralists 1650-1800*, editado por D. D. Raphael (Indianápolis, Cambridge, 1969), abreviado B.M.

entre las distintas personas son «tan evidentes como que hay proporciones y desproporciones en geometría y en aritmética» (B.M., 226). Dichas proporciones y desproporciones se fundan, tanto en el caso de la matemática como en el de la moral, en la naturaleza misma de las cosas.

Al igual que Cumberland, Clarke introduce aquí la idea de un ser superior. Pasa, así, de la comparación de las operaciones matemáticas con las evaluaciones morales —consistentes en el cálculo de la proporción o desproporción entre las causas y efectos de las acciones— a la afirmación de que la existencia de todas las cosas depende en última instancia de la voluntad de Dios.

Ambos coinciden en que la moral fundada en la razón consiste en un cálculo semejante al matemático, pero Clarke da mayor fuerza que Cumberland a los argumentos racionales, tanto en matemática como en moral, al sostener que si bien la existencia de dichos objetos es obra de Dios, *una vez creados* sus relaciones son absolutamente inalterables (cf. B.M., 247).

Resulta interesante advertir que en Clarke hay una referencia explícita a la utilidad pública, que según él habría fundado ciertas teorías morales. Pero rechaza este principio por considerarlo relativo, ya que, en su opinión, «la utilidad pública es una cosa en una nación y su contraria en otra» (B.M., 251). Sólo la verdad y el bien se fundan «en la razón necesaria de las cosas» (B.M., *loc. cit.*), y por tanto sólo en ellas, no en la utilidad pública, puede basarse la moral. Es decir, debe aplicarse el cálculo en moral, pero con el objeto de descubrir las relaciones necesarias entre las circunstancias y las acciones humanas y actuar en consecuencia, no con el de lograr la mayor felicidad del mayor número, que será la meta de las éticas utilitaristas. Vemos aparecer, pues, algunas críticas *avant la lettre* a dichas éticas.

En William Wollaston (1659-1724) aparece claramente el cálculo aplicado a cuestiones morales. Encontramos ejemplos en que prescribe sumar y restar —si no placeres y dolores, a los que por lo general no se alude en los racionalistas— al menos grados y número de verdades relacionadas con la acción humana. Para ilustrar la distinción entre acciones consideradas inmorales, da el siguiente ejemplo:

Si A roba a B un libro que le era agradable y útil, es verdad que A es culpable de un delito al no tratar el libro como siendo lo que es, el libro de B, que es su propietario y cuya felicidad depende en parte de él: pero, sin embargo, si A despojaba a B de unas tierras de

las que [el último] era legítimo dueño, sería culpable de un delito mucho mayor. Porque si suponemos que el libro cuesta una libra y las tierras 10.000, la verdad que es violada al despojar a B de su libro es efectivamente violada 10.000 veces al robarle sus tierras... Por tanto, la verdad violada en el primer caso es que B tenía una propiedad que le daba cierto grado de placer y en el segundo, que B tenía una propiedad que le daba una felicidad muy superior a la otra (B.M., 290).

Analizando este ejemplo vemos aparecer: Primero, el agrado o utilidad —y su contrario— como índice del valor de una acción relacionada con cierta persona; segundo, el pasaje del agrado y utilidad a la felicidad como si ésta última fuese homogénea con los primeros; y tercero, una conexión necesaria entre la virtud y la verdad, puesto que Wollaston hace consistir el delito en la violación de una verdad.

De las características arriba mencionadas, la primera y la segunda reaparecen posteriormente en los utilitaristas; sólo la asociación entre delito y falsedad está totalmente alejada de sus principios.

Pero Wollaston llega aún más lejos en su aproximación a lo que serán los criterios utilitaristas. En un significativo pasaje, aplica el cálculo aritmético a los placeres y dolores:

IV. El placer comparado con el dolor puede o bien ser igual, o mayor o menor; asimismo los placeres pueden ser comparados con otros placeres y los dolores con dolores. Debido a que todos los momentos del placer deben guardar alguna relación o razón con todos los momentos del dolor; así como todos los grados de uno con todos los grados de otro, así también los de un placer o dolor con los de otro. Y si se multiplican los grados de intensidad por los momentos de duración, debe haber una razón de un producto al otro (B.M., 296).

Analizando el párrafo anterior, observamos que en el cálculo son tenidos en cuenta al menos dos de los factores que Bentham considera computables para la evaluación de los placeres y dolores: la intensidad y la duración (cf. B.M., 971-4).

Finalmente, Wollaston declara que corresponde llamar infeliz a aquél «en quien la suma de todos sus dolores excede la de sus placeres» (B.M., 298).

Sin embargo, no es en un racionalista en quien aparece formulado por primera vez el principio de utilidad sino en un emotivista o, en la terminología de los moralistas de la época, en un filósofo del *sentido moral*: Francis Hutcheson (1649-1746). En

efecto, en *An Enquiry Concerning Moral Good*, declara que «es mejor aquella acción que proporciona la mayor felicidad al mayor número» (B.M., 333)⁴. Comienza por separar el placer de la ventaja o interés y afirma que «no percibimos placer en los objetos porque sea nuestro interés hacerlo, sino que los objetos o acciones son provechosos y se los busca o emprende por interés porque recibimos placer de ellos» (B.M., 304). Esta fórmula de carácter hedonista se ve atenuada por su apelación a la benevolencia que, como el Conde de Shaftesbury, Hutcheson considera natural en el hombre y susceptible de extenderse a toda la humanidad.

Quizás lo más notable de este planteo de Hutcheson sea que, pese a no concederle a la razón la autoridad de juzgar acerca del bien y del mal, el cálculo no ha desaparecido de su sistema. Simplemente, el sentido moral sustituye a la facultad racional en su función de computar los grados de felicidad que cabe esperar de la acción moral y el número de personas que resultarán afectadas por ella. Citamos *in extenso*:

«VIII ...Al comparar las cualidades morales de las acciones, a fin de ajustar nuestra elección entre varias acciones propuestas, o descubrir cuál de ellas tiene mayor excelencia moral, nuestro sentido moral de la virtud nos guía a juzgar así: que a *grados iguales* de felicidad que se espera procedan de la acción, la virtud está en proporción al *número* de personas a quienes ha de extenderse la felicidad (y aquí la *dignidad* o *importancia moral* de las personas puede compensar los números); y que siendo igual el *número*, la virtud es la *cantidad* de felicidad o virtud moral; o que la virtud equivale a la razón compuesta de la *cantidad* de bien y el *número* de quienes lo disfrutan» (B.M., 333).

El corolario de esta digresión es, precisamente, el principio de utilidad tal como aparece enunciado en Hutcheson y que mencionáramos más arriba. Cabe observar, en primer lugar, que tiene en cuenta dos factores computables: los grados de felicidad (o, inversamente, de infelicidad) y el número de personas afectadas. Asimismo, es interesante notar el anticipo de una modificación que Mill introduce respecto del utilitarismo benthamiano, ya que es tenida en cuenta la dignidad de las personas y no sólo la cantidad y el grado de felicidad experimentado por cualquiera de ellas.

⁴ Mackie consiera que Hutcheson comprendió que el sentido moral por sí solo no bastaba para constituir una moral sistemática y que por esa razón ofrece «una explicación utilitaria de las cualidades morales de las acciones como una guía para decidir qué hacer» (J. L. Mackie, «Hume's Moral Theory» (Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980), p. 29).

Sólo puede llamarnos la atención el hecho de que el cálculo, una operación casi unánimemente atribuida a la razón aun por los empiristas, sea realizada según Hutcheson por el sentido moral, que no es racional. Pero aquí aparece anticipada una idea humeana, que sin duda se debió a la influencia de su maestro Hutcheson. Dice, así, este último:

«A pesar de la poderosa razón de la que nos jactamos por encima de otros animales, sus procesos son demasiado lentos, demasiado llenos de duda y vacilación, para servirnos en cualquier emergencia, sea para nuestra propia conservación, sin los *sentidos externos*, o para influir en nuestras acciones en procura del bien de todos, sin este *sentido moral*» (B.M., 348).

Finalmente, John Gay (1699-1745) considera que 'felicidad' debe entenderse como la suma total de los placeres. Vemos, pues, que ésta es una idea recurrente entre los moralistas británicos y que el camino ya estaba preparado para el surgimiento del utilitarismo antes de su formulación por los máximos representantes de ese movimiento.